

Creación y razones seminales en san Agustín

Resumen: En su escrito *De génesis ad litteram*, Agustín emprende la exégesis del libro del *Génesis*, primariamente en su literalidad y supletoriamente en sentido alegórico. Ello será ocasión para que desarrolle su visión de la *creatio ex nihilo* y, desde su neoplatonismo, conjeture a partir de las dificultades que presenta el relato bíblico. En su pluma, la creación de los seis días va adquiriendo connotaciones peculiares, en un vívido cuadro donde se entrecruzan eternidad y temporalidad, potencialidad y actualidad, contingencia e inmutabilidad, en una dinámica lineal que se inicia en un “amanecer primero” y continúa hasta el presente. Así, nos encontramos con una creación en dos etapas. Primero en “un día espiritual” fueron creadas todas las cosas a la vez, *atemporalmente*, incoadas como potencias ocultas en los elementos del mundo. Luego, ya en el tiempo, tiene lugar el nacimiento y despliegue creatural de cada ser según su género. Es nuestro cometido centrarnos en un concepto que el Hiponense desarrolla con asombrosa originalidad, anticipándose a la moderna biología: el de “razones seminales”, gérmenes invisibles que, según medida, regulan el devenir creatural.

Palabras clave: San Agustín, Creación, razones seminales, *Génesis*.

Abstract: In *De genesis ad litteram*, Augustine undertakes the exegesis of the book of *Genesis*, primarily in its literal sense and additionally in a figurative sense. This will give him an opportunity to develop his views on *creatio ex nihilo* and make conjectures, from a neoplatonic point of view, about the difficulties arising from the biblical account. In his work, the six-day creation acquires peculiar connotations in a vivid depiction where eternity and transitoriness, potentiality and reality, eventuality and immutability intermingle in a lineal dynamic that starts in a “first dawn” and continues up to the present. In this way, we are faced with a two-stage creation. First, in a “spiritual day” all things were created at the same time, *timelessly*, initiated as potentialities hidden in the elements of the world. Then, now in time, the birth and unfolding of creation of each being according to their kind takes place. Our purpose is to focus on a concept that Augustine develops with great originality, anticipating modern biology: “seminal reasons”, invisible germs that in different extents regulate the progression of creation.

Keywords: Saint Augustine, Creation, seminal reasons, *Genesis*.

1. En el principio...

En su escrito *Del Génesis a la letra*, Agustín emprende la exégesis del libro del *Génesis*, primariamente en su literalidad y supletoriamente en sentido alegórico. Ello le permitirá exponer su visión sobre la *creatio ex nihilo* y, desde su neoplatonismo, conjeturar acerca de las dificultades que presenta

el relato bíblico. Aquí nos centraremos en la noción de “razones seminales”, para considerar las connotaciones que la misma adquiere en relación a la creación de los seis días.

Diremos primero que, en términos teológicos, la creación supone que *el universo visible e invisible no es generado de la misma substancia de Dios ni procede de una materia previa*. Dios, en un acto singularísimo, da la existencia misma, de modo que lo que no es, sea.

Nos encontramos ante la noción metafísica de contingencia radical, de la que Agustín colige el rasgo propio del mundo creado: *su mutabilidad*, indicador del tránsito del no ser al ser. Las creaturas son y no son, mientras que Dios permanece siempre igual.

Partiendo de los primeros versículos del *Génesis*, Agustín afirma que la expresión “En el principio hizo Dios el cielo y la tierra” se refiere al Hijo en tanto origen de todo lo que nace a la existencia, mientras que “dijo Dios hágase” alude al Hijo como Verbo, forma perfecta que no cesa de hablar a las creaturas para sacada de su estado de imperfección¹.

Tomando las expresiones en sentido traslaticio, nos dice que los nombres “cielo y tierra” denotan toda la creación: espiritual y corporal. Por “cielo” entiende a los seres espirituales: los santos ángeles que, aunque mudables, fueron creados en perfección y bienaventuranza desde siempre. Por “tierra” entiende a la creatura corporal. Finalmente, supone que la expresión “tinieblas y abismo” menta el carácter *informe* de lo aún no convertido al Creador². El “hizo Dios” indica el acto de *in-formar* la materia, la que por carecer intrínsecamente de forma tiende a la nada, pero en tanto formada imita al Verbo eterno, con quien el Padre pronuncia todas las cosas³.

El Verbo es substrato misterioso de todas las formas que vemos en el mundo visible. Él llama hacia sí a las creaturas para hacerlas a imitación suya, en un movimiento de *conversión* que es *in-formación*. El “hágase” es palabra incorpórea, pronunciada, desde luego, en un plano inefable donde es concebido lo que habría de existir en el espacio-tiempo: “El Verbo siempre está unido al Padre, y por Él el Padre pronuncia eternamente todas las cosas,

¹ Cuando Agustín habla del Verbo como *forma perfecta*, entiende que esta noción implica de suyo *el ser y el vivir* verdaderos.

² A decir de Gilson, Agustín interpreta el *Génesis* desde la ontología de Platón, por lo que debe traducir a un lenguaje esencial el relato bíblico. Cf. É. GILSON, *Introduction à l'étude de saint Augustin*, Paris, J. Vrin, 1943, pp. 259-260.

³ La *materia* supone tanto aquello de lo que se hace algo como el hacer mismo; pues ambos, materia y hacer, están imbricados en el acto creador.

no con sonido de voz, ni por un pensamiento que transcurre en el tiempo, sino por la luz de su Sabiduría..."⁴.

El Padre inicia con su Verbo coeterno el movimiento de conversión que da a la materia ser y unidad. El acto de formar atañe a toda creatura que, en tanto no está asimilada a su Fuente, queda inclinada a ella, en tensión ontológica, buscando asemejarsele. Este *pondus*, en los seres espirituales, se verifica desde la libertad, el conocimiento y el amor; en un movimiento en el que, por cierto, no está ausente la gracia.

En esta línea de exposición cabe distinguir dos planos a nivel ontológico: la existencia de las cosas en el Verbo eterno y las cosas en su misma naturaleza. De esto se desprenden dos modos de conocer, del que participan los seres angélicos: uno, *matinal*, cuando contemplan las razones eternas de la creación y las cosas que habrían de crearse en el tiempo; otro, *vesperal*, el de las creaturas en sí mismas, inteligidas con mirada interior⁵. Ahora bien, Agustín debe conciliar dos textos dispares de la Escritura: en *Eclesiástico* 18,1 se lee que Dios crea todo a la vez, mientras que Génesis 1, 21-26 afirma que los seres son creados en sucesión temporal. Para el Hiponense esto significa que Dios crea todo, pero no de un modo actual, sino valiéndose de ciertas potencias invisibles. La creación, leída en clave neoplatónico-cristiana es, en su pluma, un acto complejo que transcurre en dos etapas, conformando un advenir causal desde la Sabiduría eterna. Hay una creación de un *día primero*, espiritual y atemporal, en el que fueron hechas todas las cosas a la vez; allí fue creada la materia, allí los seres recibieron las medidas con las que se desenvolverían, cada uno según su género, en el transcurrir de los siglos. Por ello, la obra de la creación en un sentido está concluida y en otro no. Concluida, porque en la naturaleza nada hay que no haya sido prefijado en los elementos del mundo; y no concluida, en tanto lo que estableció en las causas primordiales lo habría de cumplir en sus efectos⁶. En aquel *día*, Dios hizo todo: el verde del campo, las aves del cielo, etcétera; antes de su existir temporal y terreno. En ese día, como en las raíces de los tiempos, la tierra recibió la virtud de producir frutos y fueron creadas las cosas que habrían de existir luego "mientras se teje la hermosura de los siglos".

⁴ S. AGUSTÍN, *De génesis ad litteram*, I, IV, 9 (en *Obras de san Agustín*, t. XV, texto bilingüe, ed. B. Martín, Madrid, BAC, 1957, p. 583).

⁵ Cabe señalar que todas las cosas que existen en el tiempo son a la vez en Dios mismo, no sólo como idea de especie, sino como idea individual.

⁶ Cf. S. AGUSTÍN, *De génesis ad litteram*, VI, XI, 19, p. 869.

2. Las semillas ocultas

Siguiendo la exégesis agustiniana, unas creaturas fueron terminadas en los seis días y otras *preformadas seminalmente*, de un modo invisible, potencial y causal, como futuro aún no hecho⁷. Pues bien, en esta creación ya están presentes las *rationes* seminales, conformando un mundo pletórico de energía y fuerza (*vis*), llamado a desplegarse en el tiempo. Así como en la semilla está invisiblemente lo que en sucesión temporal será árbol, el mundo ha cobijado todas las creaturas en un amanecer primero. Dichas creaturas, concebidas por el Creador, fueron presentadas en seis días, que no significan sucesión temporal sino orden causal. A esta obra le seguirá la que conocemos y vemos sucederse con el correr de “los días solares”. Así, de una manera obró Dios entonces, cuando concluyó su labor, y de otra ahora; por lo tanto, cabe decir que aún trabaja⁸.

En este cuadro, en el que se pintan dos fases de la creación, el Hiponense logra complementar otros dos relatos disímiles, esta vez referidos a la creación del hombre. En efecto, por un lado, el hombre es creado el día sexto, varón y hembra, “a imagen y semejanza de Dios” y, por otro, Adán es formado del polvo de la tierra y de su costado, Eva⁹. Pues bien, también aquí hay un obrar que se constituye sobre otro. Uno, espiritual y atemporal, en el que se forma la sustancia del alma; otro, corporal y temporal, en el que se forma el cuerpo de Adán del limo de la tierra. En la primera creación, la especie humana es potencia causal, no engendrada por progenitores, pues el hombre no vino a la vida aún, como habría de advenir en un futuro el género *homo*, tal como lo conocemos ahora¹⁰. Ese hombre, en palabras de Agustín, no existió en edad perfecta, ni como infante, ni como feto en el vientre, ni siquiera como simiente. Empero, fue hecho a imagen de Dios y según razón causal.

Ahora bien, las creaturas visibles, a su vez, se llevan en sí a sí mismas, “como de nuevo”, invisiblemente “en una cierta oculta virtud generativa”,

⁷ Terminados el día primero fueron los ángeles, los cuatro elementos del mundo y el alma del hombre antes de ser insuflada en el cuerpo de Adán. Preformados fueron las semillas de los vivientes que habrían de advenir en los siglos y el cuerpo de Adán con el cual se formaría el primer hombre.

⁸ Cf. S. AGUSTÍN, *De génesis ad litteram*, V, XX, 40, p. 837.

⁹ Cf. *Gn* 1, 26 -27 y 2, 7.

¹⁰ Cf. S. AGUSTÍN, *De génesis ad litteram*, VI, V, 8, p. 857.

a modo de *copias* de aquellos gérmenes primeros incoados en el mundo¹¹. Digamos que una vez formados los primeros organismos vivos, la creación pasa a ser *procreación*, en virtud de esas *ratios* que cada viviente lleva en sí mismo y que obran conduciendo la génesis y desarrollo de la prole. En palabras de nuestro pensador: “no con masa de magnitud corporal sino con virtud causal”.

Con el alcance dado a la noción de razón seminal, Agustín se anticipa a la genética: en términos biológicos, los genes contienen patrones que, a modo de información codificada, rigen el diseño orgánico y funcional de todo organismo vivo. En efecto, los genes de la moderna biología son, en su lenguaje, esas “misteriosas razones seminales” que, desde la creación del mundo, rigen cual normas perennes lo que adviene a la existencia¹²; ellas son expresión de *número* y *medida*, y determinan el *modo de ser* de cada viviente.

Leamos nuevamente a Agustín:

“hay una razón oculta de vejez en el cuerpo del joven o de juventud en el del niño, aunque no se ve con los ojos, como se palpa la niñez misma en el niño o la juventud en el joven, pero se colige por otro cierto conocimiento que existe en la naturaleza algo latente por lo que prorrumpen al exterior los números (o virtudes) ocultos...”¹³.

A través de estas potencias invisibles se cumple el mandato “creced y multiplicaos”; ellas, con su poder generativo, actúan a título de *causas segundas* dando lugar a nuevos nacimientos, en un dinamismo constante que hace a la *creación continuada*.

Al cosmos griego subsistente y eterno, Agustín opone un cosmos contingente que, en su dinamismo, revela la acción de las causas segundas. Por ello, cabe hablar de una *memoria ínsita* en la naturaleza, participación de la *mens divina* que sigue creando y ordenando todo.

También las razones causales van especificando y constituyendo a los seres vivientes sobre una diversidad y ordenación jerárquica que, como vimos, ya quedó instituida en aquel día en el que Dios iba presentando los seres que creaba.

¹¹ Cf. S. AGUSTÍN, *De génesis ad litteram*, VI, 10, 17, p. 867.

¹² Cf. S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, III, 8, 13 (en *Obras de san Agustín*, t. V, texto bilingüe, introducción y notas de L. ARIAS, Madrid, BAC, 1948, p. 280).

¹³ S. AGUSTÍN, *De génesis ad litteram*, VI, XVI, 27, p. 881.

La idea de una legalidad en las entrañas de la naturaleza, imperada por leyes ocultas que obedecen a una Inteligencia o Logos –presente en el mundo antiguo a través del estoicismo y el neoplatonismo¹⁴– es asumida por Agustín con brillantes intuiciones, inspiradas, desde luego, en el paradigma bíblico-creacionista.

He aquí el orden de las cosas que el joven de *Casisiaco* admiraba con alma de filósofo y converso. En el universo brillan las leyes del Artífice, quien, aunque trascendente al mundo, lo administra y dirige con *orden, número y medida*. No es casual que en sus escritos abunden las referencias al *Libro de la Sabiduría*, entre las que se destaca aquella que reza casi poéticamente: “Ordenaste todo con medida, número y peso” (*Sab* 11, 21).

Los números están impresos en los seres; ellos son principio de orden, proporción y perfección; la materia es informada en base a números; los cuerpos son números en tanto unidad que imita a la suprema Hermosura; en fin, las razones seminales son números ocultos y los seres corpóreos son números visibles¹⁵.

La creatura recibe un ser participado de Quien es dador de todo peso, número y medida, estando más allá de todo número y medida. Es así como la creación reproduce pálidamente las razones eternas según las cuales fue formada.

Dios es creador e incoador, no sólo de las cosas formadas, sino de las que se han de formar. Esto significa que el relato de los seis días es la prefiguración de un suceder temporal y secuencial, preconcebido en una eternidad fontal. Es la presencia continua y secreta de la Sabiduría que: “Siendo inmutable todo lo renueva” (*Sb* 7, 27).

3. Comentarios finales

Agustín, con su doctrina de las razones seminales, otorga a la creación continuada un lugar relevante. Ésta echa raíz en el *fiat creator* que, como vimos, dota a la naturaleza de una fuerza capaz de generar vida y traer nuevos seres a la existencia.

Las razones causales explican el surgir de las múltiples especies, su razón de ser, su *modus*; la manera en que se gesta de una semilla un nuevo individuo, que a su vez reproduce los rasgos específicos de sus progenitores.

¹⁴ Plotino utiliza un concepto similar en *Enéadas* III y IV.

¹⁵ Cf. F. COPPLESTON, *Historia de la Filosofía*, II, Barcelona, Ariel, 1983, cap. VI, 3, p. 63.

En fin, si Agustín recepta y asume esta noción es porque la considera valiosa, capaz de dar cuenta de los seres visibles que, en su despliegue renovado y constante, se encuentran regidos por patrones invisibles que actúan de generación en generación.

Podríamos decir, parafraseando al *Eclesiastés*, que para Agustín no hay nada nuevo bajo el sol; empero, en cada nuevo día y a cada instante, la naturaleza alumbrá nuevas cosas. Nada nuevo, en tanto los géneros ya están prefijados y concluidos en el principio de los tiempos; cosas nuevas, en tanto la naturaleza toda se renueva con el advenimiento incansable de individuos, desde la más ínfima brizna de hierba hasta el hombre. Por otra parte, estas razones invisibles implican un principio de permanencia subyacente a los cambios; digamos que, aunque a nuestra vista todo es movimiento y transmutación, hay un telón de fondo, preordenado en la Inteligencia divina como piedra basal del mundo temporal.

Ahora bien, no es posible ver en Agustín un precursor del evolucionismo de cuño darwiniano, dado que en sus escritos no hay atisbo de un mecanismo de selección natural generador de nuevas especies. No lo hay, puesto que la creación ha sido terminada. Siguiendo el sentido común, Agustín sostiene: “de un grano de trigo no nace un haba, ni de un haba trigo”.

Cabe, por ende, situar su visión creacionista dentro de un fijismo biológico. Creemos que no podía ser de otra manera, si tenemos presente que es deudor de una tradición a la que es extraño el transformismo¹⁶. Sin embargo, y desde un punto de vista teórico, la doctrina agustiniana puede compatibilizarse con la evolución, siempre que el surgimiento de nuevas especies no constituya un hecho azaroso y deje incólume la idea de que los géneros de todos los vivientes ya están prefigurados en las razones causales del mundo.

Más allá de lo dicho, cabe recordar que el hijo de santa Mónica supo dar su lugar al saber científico, distinguiendo entre el conocimiento dado al hombre por *revelación* –para bien de su alma–, de aquel que el indagar humano va logrando acerca de la naturaleza de las cosas. En otros términos, de su pensamiento se desprende la distinción entre ciencia y religión. Ésta señala un camino de salvación; no busca enseñar cómo es el mundo, sino dar sentido a la existencia.

En su escrito advierte que un cristiano debe cuidarse de caer en la actitud temeraria de opinar sobre los astros y cosas semejantes esgrimiendo a

¹⁶ Recordemos que para Platón las formas vivientes implican la realización imperfecta de un modelo ideal inmutable y perfecto.

favor la Escritura, habiendo quienes tienen conocimiento cierto sobre tales cuestiones¹⁷. Sostiene que no es propósito del Espíritu de Dios instruir sobre materias que no son útiles para la vida futura. Recuerda que las letras sagradas comunican verdades de fe, narran hechos históricos, anuncian acontecimientos o dan reglas de conducta. Que no se debe abordar el relato del Génesis desde la sola literalidad, y que, tratándose de sentencias oscuras, hay que procurar hallar todas las interpretaciones posibles, con cuidado de afirmar con ligereza una en desmedro de las demás.

De esta creación universal de Dios, afirma, desconocemos muchas cosas; sea del cielo, por estar lejos de nuestro alcance; sea de la tierra, por estar en lo recóndito o profundo. De todas formas, y en consonancia con una larga tradición, Agustín advierte que la creación habla sobre su Autor; que el hombre, siendo *imago Dei*, es capaz de elevarse desde las cosas visibles a lo invisible. Este es un ascenso que tiene lugar con los ojos de la inteligencia y de la fe. En este sentido, el libro de la naturaleza y el libro de Dios se complementan, encontrando fundamento común en la verdad.

Ahora bien, no debemos olvidar que lo que ha perseguido siempre el pensador de Tagaste desde sus jóvenes años ha sido la *sapientia*, a la que vinculó con la vida feliz, la verdad y Dios. Tres nociones que en él convergen hasta identificarse. Porque, ¿qué lo movió siempre sino la búsqueda de la verdad? ¿Qué buscó hasta el cansancio sino conocer el alma y Dios?

Ciencia y sabiduría quedan sintetizadas en la definición antigua de “conocimiento de las cosas humanas y divinas”. Una es conocimiento racional de las cosas temporales; la otra es conocimiento de las realidades eternas. La sabiduría, asimismo, es sustento de la vida moral e intelectual y, en el punto más alto del alma, se hace encuentro misterioso que dispone a la caridad.

En este contexto, y mirando desde nuestro presente, diremos que el relato de la creación no es, *stricto sensu*, una teoría científica ni una doctrina filosófica, aunque de él pueda colegirse un saber teológico. El Génesis no pretende decir cómo está constituido el mundo, sino revelarnos, desde un *ethos* particular y con un lenguaje limitado, acontecimientos fundantes que dotan de sentido la historia humana y la vida de cada hombre. Esto, allende

¹⁷ Leemos en *De génesis ad litteram*, I, XIX, 39, pp. 616-616: “[...] es demasiado vergonzoso y perjudicial, y por todo medio digno de ser evitado, que un cristiano hable de estas cosas como fundamentado en las divinas Escrituras, pues al oírle el infiel delirar de tal modo que, como se dice vulgarmente, yerre de medio a medio, apenas podrá contener la risa”.

el hecho que los descubrimientos de la ciencia moderna y sus teorías puedan o no sintonizar con la cosmovisión subyacente al corpus escriturario.

Por su parte, la rica noción de *creatio*, en su calidad gnoseológica, no deja de revestir el carácter de *misterio*; también ella, más allá de representar un desafío para la inteligencia, pone en evidencia el límite de la razón y el alcance de la fe. El hagiógrafo transmite bajo los ojos de la fe un acontecer único que atraviesa la historia humana hasta el presente y la proyecta a un *telos* definitivo. Finalmente, la inteligencia descubre que la existencia toda está en una tensión que parece debatirse entre el ser y el no ser, lo infinito y lo finito, lo eterno y lo temporal, sostenida a cada instante por una misteriosa e insondable presencia. Como lo dice magníficamente Pablo: “En Él vivimos, nos movemos y existimos” (*Hch* 17, 28).

Alfredo MALUF